UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MARINEDA

QUIEN no la conozca todavía lo bastante por la descripción de *La Tribuna*, venga conmigo, y emprenda el viaje desde Betanzos por el ferrocarril, seguro de que, excepto el trecho de Barcelona á Villanueva y Geltrú, en España no habrá encontrado más pintoresco serpenteo de vía á orillas de una costa. Imponente, romántico, *saudoso*, el trayecto que separa á Monforte de Orense: aquí el carácter distintivo del paisaje es la gracia.

Al avistarse ya Marineda, no es dable reprimir una exclamación de entusiasmo. Se llega de noche; las luces del caserío señalan como

inmensa hoz de oro sobre la extensión de la serena bahía, mientras el faro guiña su pupila de lumbre. Creeríase que aquella diadema de faroles de clarísimo gas ciñe la frente de una metrópoli de doscientos mil habitantes lo menos. Casi nadie omite decir que Marineda, al verla acercarse desde las ventanillas del vagón, «engaña.»

No sé á punto fijo á cuanto asciende la población de Marineda, según el censo, el Nomenclator ó el Anuario estadístico. Calculando á ojo de buen cubero, se me figura que tendrá de treinta y seis á treinta y ocho mil habitantes. Lo que aseguro es que esta población se halla dividida en secciones ó zonas aisladas y sin lazo común, y que de esta falta de unidad se resienten todas las empresas en que Marineda compromete su crédito como ciudad y como cabeza del país galaico.

Los píos lectores de todos mis libros en general y de *La Tribuna* en particular, recordarán que el páramo de Solares no divide á Marineda sólo en lo físico, sino en lo moral también. Al *Barrio de Arriba* ha quedado confinado lo que la gente llama *aristocracia*, ó sean los elementos conservadores marinedinos, y alguno revolucionario, pero de ocultis. Los seis ú ocho caserones blasonados que posee la ciudad, en el Barrio de Arriba han de buscarse. En él se guarece asimismo la gente de curia, al calorcillo de la Audiencia territorial, que vive en excelente vecindad con la Capitanía general del distrito. En él se refugian indistintamente los Jesuitas, las Hermanitas de los Pobres, y las logias masónicas; en él se alzan, tristes, húmedos y solitarios, conventos é iglesias. En él procuran habitar las personas sedentarias, desengañadas y recogidas, enemigas de barullos. En él se celebran las tertulias caseras finas y los bailes de tono. En él no hay tiendas. El mismo silencio, angostura, soledad y torcimiento de las calles del Barrio de Arriba, respira yo no sé qué atmósfera de distinción. No mancha su pavimento el rastro que deja el trabajo comercial: á veces la hierba brota por entre las junturas del empedrado, y, desde que el sereno asoma por las boca-calles con su capotón pardo, su linterna y su chuzo feudal, solo los gatos, los *místicos gatos*, como Baudelaire les llamó, proyectan su silueta embrujada sobre las tapias de las callejuelas desiertas.

Poca más animación de día. Algún canónigo de manteos y tejilla corta, con rumbo á la Colegiata; algún abogado amarillento de tez, desaliñado de ropa, encorvado por el bufete; alguna devota encogida, de velo á la cara; algún familión empavesado que baja hacia Solares á lucir *en el otro barrio* sus trapitos de cristia-

nar y á *pagar visitas;* algún oficial aburrido de ir haciendo el pavo real con el uniforme de gala, porque hay besamano y es el natalicio ó el cumpleaños de cualquier infante..... tales son las principales figuras que adornan y pueblan las calles y recovecos de mi distrito. Pues en medio de tanta soledad y quietud, yo le tengo afición invencible, y lo mismo sucede á cuantos viven algún tiempo en este viejo barrio. Si no poseyese en él casa propia, y hubiese de mudarme allá á la Pescadería, sería para mí una contrariedad verdadera. Que allí las calles son anchas: en cambio son bien estrechos los pasillos y los portales y los dormitorios y todo. Que allí las calles son llanas: en cambio las escaleras son pinas, y tantas, que hacen echar los bofes. Que allí tiene Vd. el comercio: así están de sucios los callejones y así huele tanto á petróleo y aguardiente de caña ciertos días. Que allí sale Vd. y enseguida encuentra gente: para eso mi calle se puede atravesar á las doce de la mañana, de bata y en chinelas, sin escandalizar á nadie, ni aun á las dos ó tres casas blasonadas á quienes les da todavía por echarla de farfantonas.

Esta es la Marineda vetusta, la Marineda de la defensa contra *el inglés,* la Marineda donde, al deshacer un lienzo de pared medianera, encontramos todavía incrustadas balas de las culebrinas y morteros del Draque. Á su calma, á su aletargamiento, estoy hecha ya, y cuando regreso del activo París ó del disipado Madrid, me place esta infusión en la tranquilidad del viejo pueblo nativo. Entonces me explico á Pereda y su cariñazo por Santander, si bien entiendo que semejantes cariños son de los que crecen con la ausencia.

La naturaleza humana necesita el cambio: es una perogrullada irrefutable, cuya demostración encontramos en cada período y cada fase de nuestra vida. De contemplar siempre los mismos objetos, pasear en el mismo recinto, y comer el mismo manjar, ya es universal proverbio que se engendra el hastío, y más aun, una especie de irritación malévola y sorda. El agua estancada se corrompe. Así yo, pasando en Marineda temporadas seguidas de tres y cuatro años, llegué á ser injusta con tan linda ciudad. No incurrí en el error de negar su evidentísima superioridad en muchos puntos, al compararla con otras más ricas y pobladas, Valladolid por ejemplo; pero mi imaginación se empeñaba en descubrir aquí elementos de melancolía que acaso eran fingidos por mis nervios. Hay que tomar en cuenta, para excusarme, la situación especial de mi vivienda. Las dos ventanas del estudio miran á la bahía, limitada por una barrera de montañas: y en invierno, mis ojos tropiezan siempre con el agua plomiza ó verdosa, que se encabrita sacudiendo furiosamente las embarcaciones menudas, refle-

jando la desolación del celaje negruzco, y exhalando un cántico ronco y triste, cuyas últimas ondulaciones hacen retemblar los cristales y á veces el aposento. Verdad que por el otro lado, donde está el cuarto-tocador, orientado al naciente, la virazón marítima calla y no se oye más que el goteo argentino de la lluvia en los cristales. Pero se ve—tan cerca que se me viene encima, que me parece estarla tocando, y entre una piña de tejados, bohardillas y chimeneas—la fachada gótica de la iglesia de Santiago; vista muy adecuada para producirme esa emoción especial que me causan los monumentos de otras épocas, y que á la larga, llega á ser dolorosa. Entre las piedras mal unidas rompen á veces unas matas vivaces de silvestres alelíes: pero raro es que apenas abren sus ojos amarillos no los mande arrancar el buen párroco, celoso del ornato de la fachada. Y ésta se queda monda y lironda, gris y pálida, con su cornisa cuarteada por el peso de los años, su pórtico de arco apuntado, señalando ya la ojiva, y sus dos santos de piedra que sostienen el arco y se miran inmóviles, siempre desde la misma distancia, á guisa de almas enamoradas que no pueden jamás reunirse..... De la iglesia me viene tempranito el alegre clamoreo de las campanas llamando á misa; pero otras oigo perfectamente el oficio de difuntos, y el toque de agonía.

Así, entre este mar gemidor y esta portada que convida á ensueños nebulosos y fantásticos, he pasado algunos años de mi vida, pareciéndome cosa triste Marineda. Hoy, cuanto más viajo, más justicia le rindo. El desaseo y tosquedad del interior de Castilla; el estado de atraso común á toda España, exceptuando á Cataluña y sin exceptuar á Madrid, me autorizan para afirmar que Marineda, con su comercio, su industria, su clemencia de costumbres, su voluntad honrada, ha conseguido un puesto de honor, y está en situación de ascender más. En la escala de la civilización hispana yo colocaría las zonas por este orden:—*Cataluña.—Las Vascongadas.—Galicia;*—y de la cultura gallega, Marineda puede reclamar para sí buena parte. No lo debe á la línea férrea: el tren, como aquí dice gráficamente el pueblo, sólo vino á llevarse las merluzas. Marineda era lo mismo antes de que por sus campiñas cruzase silbando «la rauda locomotora.» Tenía el mar, el mar civilizador, el sagrado Océano.....

El Barrio de Abajo, ó sea la Pescadería, fué, como lo indica su nombre, hijo del mar. Una vieja mendiga que conocí y cuya edad subía algo de los noventa, recordaba haber visto la calle hoy segunda en importancia de Marineda, compuesta exclusivamente de casas terrizas de un solo piso, viviendas de pescadores. Entonces se veneraba en la vieja capilla de los mareantes,

el cuadro del Santísimo Cristo de los Afligidos, que no recomiendo á los aficionados á las bellas artes, pero sí á los devotos, porque es de los que piden padrenuestros; entonces todavía se llevaban allí, como exvoto, proas de barcos y en ofrenda altos y amarillos cirios: hoy la gente de mar ha ido retirándose á los barrios extramuros, y hay que asomarse al muelle ó salir hasta donde tenía su vivienda la cigarrera Amparo, para encontrar tipos de bronceada tez, sotabarba hirsuta, gorro catalán y zuecos de palo, ó sardineras descalzas de pie y pierna, roncas, con su carpancho en equilibrio sobre las greñas. Marineda es menos Marineda á cada paso, y los azares marítimos ceden el puesto á las especulaciones industriales. En los suburbios marinedinos abunda ya ese tipo hijo de nuestra edad, el obrero. En el Barrio de Abajo se acumulan los elementos innovadores, evolucionistas.—Allí tienen sus locales las sociedades de recreo y los casinos; allí, el teatro; allí, los lujosísimos cafés; allí, las imprentas y redacciones de la mayor parte de la prensa local; allí, el gran paseo y los jardines robados á la bahía; allí, en suma, bulle y fermenta todo cuanto en Marineda puede fermentar y bullir. Allí es donde la gente asegura que una ventana es un *coche parado*, y una galería ó cierro de cristales un *quitapesares* y una *distracción preciosa*.

De niña, salir al Barrio de Abajo era para mi inexplicable placer. Llegaba el cajón con los *encargos de Madrid*, y á estrenarlos y lucirlos en el Barrio de Abajo, dando vueltas en el paseo de las Filas, que adornaban bustos desnarigados de héroes y de pechugonas emperatrices. Creo que entre estas figuraba Pentesilea, reina de las Amazonas. ¿Por qué azares de la suerte había venido esta buena señora á adornar con su carirredonda estampa el paseo de mi pueblo? No lo sé, ni creo fácil averiguarlo. Dejando aparte tan delicado problema, diré que el girar bajo un sol abrasador, al arrimo de Pentesilea y otros personajes del mismo jaez, en las Filas, era la gran distracción de la Marineda de mis primeros años. Allí se atrapaban fiebres, eso sí, y alguna que otra congestión; pero la gente no por eso se arredraba ni dejaba de concurrir. Yo, sin embargo, á veces me cansaba de aquel angosto callejón, deseado sitios más libres; más espacio, más campo: entonces no sabía decir *más naturaleza:* pero lo decía mi instinto. Entusiasmábame coger conchas en la playa de Riazor; beber agua fresquísima en el cerro de Santa Margarita; recorrer la Olmeda, admirando desde ella la curva delicada y briosa de la bahía; y, por último, jugar en el melancólico *square* de mi barrio, desnudo de vegetación, dominando las olas bramadoras, flanquea-

do por un hospital y un cuartel, y adornado con un sepulcro.

¡Allí si que hacía de las suyas el viento! En aquel jardín alto, colgado entre peñas, como nido de ave marina, la fantasía de un Carlos Dickens hubiera podido anotar nuevas y distintas inflexiones, ya lúgubres, ya estridentes y amargas, del cruel viento Nordeste, el viento de la queja y de la mofa. Marineda, en mi niñez, era un navío en cuyos cordajes y arboladura no cesaba de engolfarse, de silbar, de rugir, la furiosa ventolera. Había sitios por donde era absolutamente imposible transitar en horas y días dados: boquetes donde el hálito de un millar de gigantes barría al incauto que en ellos se aventuraba. El mar, loco de espanto, escupía los barcos á la costa; volaban chimeneas y aun tejados enteros; hasta se cuenta que voló un procurador, quedando medio hecho tortilla. Hoy, con las nuevas edificaciones y las obras del puerto, los vendabales han disminuído y se goza de cierta seguridad relativa, no estando comprendidos en ella los paraguas, sombreros, manteos, sayas y otras prendas difíciles de manejar cuando sopla Eolo.

Al caer la tarde, este desatado ventarrón se aplaca, y las noches de Marineda son menos crudas ó siquiera más apacibles que sus días. Se me figura que por eso el anochecer es la hora

predilecta en que salen á la calle los moradores. Gente maliciosa insinúa que la afición al paseo nocturno se funda en cálculos mezquinos de calzado y otras prendas de indumentaria: yo lo niego, porque las marinedinas son de las mujeres mejor pergeñadas, calzadas y compuestas que he visto, y se arreglan y prenden con gusto especial; no admito pues que la nocturnidad del paseo aquí obedezca á los motivos que valieron su popularidad al de la *Chinela* en el Ferrol, sino sencillamente á que la hora es más grata. Encendido el excelente y brillante gas, aplacado el viento y en calma la bahía, que copia sobre sus ondas trémulas las luces prolongadas en rieles misteriosos, mientras en los buques surtos en el puerto se columpia el farol de color, pendiente de la verga de mesana, y la roja luz del espolón señala atrevidamente el rumbo á la inmensidad, la noche es bonita y dulce, y la brisa marina dilata los pulmones. Á semejantes horas, Marineda se parece bastante á Trieste.

En mi niñez, recuerdo que Marineda apestaba mucho: el vaho fétido de las algas en descomposición la envolvía por todas partes. Desde que se ganó al mar el terreno del Parque, ha mejorado de ambiente, aunque no realice todavía el ideal de la mujer de bien, que «ni ha de oler mal, ni ha de oler bien.» Cierto que ninguna ciudad nos huele á gloria á los campesinos de afición,

que además somos algo sibaritas y tenemos muy sensible la pituitaria. Peor huele Madrid, al menos en ciertos barrios. Marineda los posee de aire bastante puro.

¿Y ese comercio marinedino, qué tal anda? oigo que me pregunta algún aficionado á las cuestiones que llaman prácticas y serias. ¡Ah! con dolor lo declaro: lo que llevo de vida basta para haber conocido dos fases de él, tan distintas como en literatura la escuela clásica y la escuela romántica. Si aquí no se ha iniciado aun aquel mortífero combate entre el comercio en grande escala y el pequeño, que tan de mano maestra describió Zola en *Au bonheur des dames,* al menos sobrevino una nueva generación que echó á pique á la antigua, de la cual todavía subsisten algunos ejemplares. Esta antigua, que es la de mis primeros años, representaba muy á lo vivo el carácter peninsular, refractario al ejercicio de vender ya desde el tiempo de la invasión cartaginesa, y revestido, como el erizo de sus puas, de cierta fiereza y brusquedad incompatibles con el mañoso trueque venal. La clase de tenderos antiguos de que voy hablando, era, según se considere, tan cerril ó tan hidalga, que en algunos establecimientos no entraba la gente sin encomendarse á todos los santos de la corte celestial implorando valor. Los datos afectivos tenían influjo, y se cultivaba la amistad del tendero no sólo para que le recibiese á uno benignamente, sino también para pagar á once reales la vara de franela que á los extraños les costaba catorce. Y había aquello de «basta que sea para usted» y lo otro de «pues no faltaba más: ¡á un parroquiano que lo tenemos por aquí, á todas horas! Ya le miramos como de la familia.» En efecto, el parroquiano hacía tertulia en la tienda, comentando las noticias interiores y exteriores; y en tanto que el establecimiento estaba convertido en casino, pobre del inocente comprador que en él caía, á importunar nada más. Aun sin tertulia, el tendero prefería al prosáico tragín de vender, el azucarado sosiego de la trastienda, donde leía, si era neo, *La Esperanza,* y sino, *La Iberia* ó la *Discusión,* de zapatillas, de bufanda en invierno y en mangas de camisa en el verano.

Si llegaba algún marchante, salía á recibirle con el gorrete calado, las barbas de una quincena, el continente fosco, la mirada glacial é inquisidora, diciendo más claramente que si lo articulase:—«¿Á qué mal rayo vendrá este tipo, para molestarme á mí?»—Después sacaba el género, como si se sacase las telas del corazón; y ¡ay del incauto marchante si se permitía despreciar el género ó tasarlo más bajo de lo pedido! «Este terciopelo..... se me figura que tiene..... un poquito de algodón.» «Veinte años llevo vendiéndolo y es usted la primer persona que me

lo dice.» «Pero mire Vd.: ¿no vé Vd. la trama?» «Para ver eso se necesitan los ojos..... de ciertas gentes. Terciopelos como éste no habrá usted gastado muchos.» «Oiga Vd.: yo gasto siempre cosas buenas.» «Ya, ya se conoce *(con ironía sangrienta.)*» «Hable Vd. con un poquito más de buen modo.» «Estoy en mi casa-habitación y puedo hablar como me dé la gana; si no le acomoda á Vd.....» (gesto expresivo hacia la puerta.) El comprador ó compradora sale de estampía: un cuarto de hora después llega otro y paga la pena del mal humor causado por el primer debate. «¿Tiene Vd. almillas de punto?» «Ya se ve que sí»—responde sin mirar á la nueva víctima.—«¿No había de tener almillas de punto?» «Pues sáqueme Vd. algunas.» «¿De qué precio las quiere Vd.?» «Hombre, ¿qué sé yo? veámoslas, y según sea la clase.....» Entonces, con el más profundo y reconcentrado desdén, el tendero arroja un paquete de elásticas bastísimas, rayadas, de las que gastan los *lulos* del muelle. «Esto será lo que Vd. pide.....» «Caracoles..... ¡no! Estas son muy malas, muy toscas.....» «¿Malas? Eso va en gustos: hay quien las alaba muchísimo.» «En fin, yo las deseo mejores.» «Más caras dirá Vd.: porque sobre lo de mejores.....» «Bueno, pues más caras.» Desaparece el primer paquete (el tendero antiguo no comprende dejar dos géneros á la vez sobre el

mostrador) y aparece otro: almillas del algodón catalán más barato, claro como una red, y aunque con más pretensiones, no mejor que el primero. «Pero hombre..... ¡caracoles! Aun se me figura que son peores estas.» «Lo que á mí se me figura es que Vd. no trae ganas de comprar, sino de que perdamos el tiempo.» «Pero es que tales cosas me saca Vd...» «Usted dirá lo que había de sacarle.» El angustiado comprador pasea la vista por la tienda y divisa, allí, casi al alcance de su mano, unas ricas almillas inglesas, sueltas y finas, que parecen de seda por lo brillantes y hermosas. Entonces ya no se reprime. «Pero ¿y aquéllas, santo de Dios, y aquéllas? ¿Por qué no presentó Vd. aquellas desde luego?» El tendero le mide de alto abajo con ojeada sardónica. «Porque..... esa clase..... tan escogida..... no sirve para Vd.» Aquí ya el marchante huye, por no cometer un homicidio.

Tal era el comerciante antiguo en sus ratos de mal humor: en cambio, cuando se le cogía de buena data, deshacíase en efusiones cariñosísimas. Se enternecía al pedirle el comprador tres cuartas de paño negro, recordando el que diez años antes le había vendido «para el luto de su señora mamá.» Preguntaba por las noticias que corrían, el estado de los negocios, los adelantos de los chiquitines, los achaques de la *parienta;* proponía gangas, retales baratísimos;